

Fluididez en el patinaje de velocidad

Fernanda García Curten

Apenas cobra impulso todo se ve distinto, no alcanza a abarcar un gesto o una escena incompleta cuando ya los ha dejado atrás, un puño sujetando la correa de un perro, sujetando un hijo, una cartera, ladrido a las ruedas, un grito de advertencia. Elude la fila de sombrillas, una ráfaga de música caribeña lo sigue unos instantes cuando luz roja del semáforo en la siguiente salida, viraje suave, y empalma unos diez metros por la lateral. Tramo corto de baldosones pasando las grúas, tramo de empedrado, macetero, tapa de hierro floja, cordón abajo y de ahí a la fuente, cruce hasta el monolito y salto al vacío a contraluz, bocinazo largo de un tanque de guerra, riesgo de choques en cadena, resulta ser una de esas camionetas flamantes que clava los frenos justo antes de que pase, dejarme vivir, sigue con la bocina, peatones inquietos cordón arriba, peso del cuerpo ligeramente en los talones, calmado, un pie adelante y otro atrás mientras un velero lo acompaña un trecho y luego desaparece bajo un puente.

Es el primer malecón de la tarde, eso cree, o el tercero ya, patina a lo largo del río, de norte a sur, sobre los diques. La sensación de ser una aguja deslizándose por el dial de una radio gigantesca, del casino al Yacht Club pasando por el viejo faro, cruzando los puentes que unen la costanera con el microcentro, la baranda de acero a su derecha, la línea de alumbrado, sin detenerse hasta el siguiente puente ahora, hasta la antena sur al final del trayecto donde se abrirá con un filoso *slalom* para emprender la vuelta. Bordeando la costa las torres de vidrio empiezan a verse doradas en el atardecer, metas con velas, pintura de labios en una servilleta colgando de una silla, manadas de empleados bajan de las

oficinas en ascensores transparentes, cruzan los jardines e invaden las plazas, rodaja de algo anaranjado y poroso, plato que alguien ha dejado sin tocar, chicas en bicicleta y chicos jugando a la pelota, un aire agradable agita la bandera de la fragata y en las terrazas del dique central algunos grupos se demoran en las rampas aún soleadas y en los pasamanos, sus risas se pierden, son como pequeños mundos que estallan a su paso. Mujer empujando un cochecito de bebé, muchacho desprendiendo el botón del nudo de la corbata, desnivel y bajada, senda peatonal borrosa, cordón arriba, otro dique, el último, franja de empedrado, policía que retrocede a punto de decir algo por un *handy*, camino libre hasta la antena sur, el alambrado vencido, más allá el tramo aún sin asfaltar, cintas plásticas con rayas blancas y rojas y la palabra *Peligro* que atraviesa el horizonte. Frena derrapando. Ciento ochenta grados y clava las ruedas al límite. Silicona de óptima adherencia en superficies lisas. Cascos se desprenden hacia lo hondo de la enorme fosa. Espera. Aún no los oye caer. Ahora se saca el chicle de la boca y lo revolea al vacío. Proyectan la construcción de un viaducto o de una nueva estación de subterráneos o de un puente futurista hacia la nada, dicen, que podrá verse la ciudad nueva hasta el otro lado del río pero ahora sólo alcanza a ver un profundo páramo de escombros que se pierde aun más allá, en la niebla del puerto. Entre algunas dunas ocasionales las topadoras que más temprano excavaban ahora quietas, como animales embalsamados en actitud feroz.

Apenas da la vuelta el reflejo del agua lo encandila y no puede ver de qué va aquella publicidad nueva mientras pica acelerando con izquierda-derecha para volver

a pasar con suficiente envión el alambre vencido y la franja de empedrado. Al frente, gigante y lejana, una amazona rubia tensando un arco, a punto de disparar a quien la mire, en uno más de esos anuncios espectaculares en la terraza del gran hotel, riesgo de choques en cadena, luz verde, cordón abajo en zigzag entre los autos detenidos. La baranda a la izquierda ahora, cordón arriba, de sur a norte. Los que se acercaban se alejan, la baranda de acero a su izquierda separándolo del agua que golpea contra el dique y sobre la que algunos se recuestan para mirar el río o besarse o se aferran por miedo a que los atropelle. Esquiva la botella de gaseosa que rueda, el cochecito que arrastra a la mujer, al perro que lleva a su dueño de la correa, un helado que no verá estrellarse. Con los músculos ya calientes, recién entonces, el suelo opone la resistencia precisa, la suspensión es perfecta. Hace no más de media hora quizás, aunque ya lo sienta lejano, todavía era aquel extraño luchando en las primeras patadas —algo excedido de su peso ideal pero ágil— intentando mantener el ritmo cuando lo gana un breve desasosiego, siempre le pasa. La momentánea acumulación de ácido láctico, esa fatiga perversa, un cierto grado de nostalgia por algo o nadie en especial, nada que pueda recordar con exactitud ahora, poco después la sensación se diluye.

Tal vez fuera nostalgia de sí mismo, de quién era él antes del antes, o de quien en realidad nunca había sido, alguien reunido en un solo eje y capaz de decidir sin detenerse. Solía quedarse en el pasado, decía el doctor Bellagamba, ése era su problema, releer los mismos papeles y cartas viejas, pasar una y otra vez las mismas fotos pero ya no. El doctor Bellagamba había hecho por él mucho más de lo que esperaba alentándolo a esta actividad al aire libre. Empujar, deslizar y recuperar. Avanzar, dosificar la energía, actuar con rapidez. Empujar, deslizar y recuperar. Salir del encierro. El patinaje ayudaba notablemente a limpiar esa memoria viciada. Piernas salen de una pollera tubo. Piernas de mujer, espaldas de mujeres a las que nunca les verá la cara, criaturas sin boca que por lo tanto no pueden decir nada, lentas mujeres fugaces. Todo, a esa vieja velocidad del mundo que ya no es la suya, va quedando atrás. Gloria también va quedando atrás aunque ahora esté literalmente adelante, al comienzo del malecón norte, en la ciudad vieja, el tercer balcón empezando de arriba que todavía no llega a ver. En un rato aparecerá en la distancia el antiguo perfil del edificio, el balcón que se había ido llenando de plantas, la ventanita iluminada de la cocina, la silueta fresca de Gloria preparando la cena. Más temprano ella había dicho cosas, en fin, las de siempre. O acaso no las de siempre, el problema era que no lo sabía muy bien porque hoy, si esas cosas eran las de siempre, habían sonado inminentes, amenazantes. Ahora, la intensidad de la luz había virado apenas y pensó que se -

guro ya estaría más tranquila. Palpó en su cintura el celular; en cuanto anocheciera ella mandaría uno de sus mensajitos anunciando la comida lista.

A medida que entra en calor se reconstituye. Los músculos se tonifican, los rasgos de la cara se templan por la aceleración, la mandíbula se cuadra, los ojos le lloran hasta que el aire cada vez más frío los cauteriza. La fuerza en su estómago es como un núcleo poderoso que lo ajusta a sí mismo y a la vez lo deja libre. Se siente eufórico, y no pensar en la siguiente patada y seguir, de golpe tiene ganas de soltar alguna grosería al grupito de recepcionistas con el uniforme del hotel. Endeble, a la altura del próximo puente, la chica con pantaloncitos ajustados montada en esos patines color rosa o lila —como de juguete— no sabe cómo tenerse parada, pendiente de que la miren, pero él ya no mira. A él, que acelera todavía un poco más, no le importa lo que parezca para los otros o para la chica ahora que la tiene más cerca, casi una nena, ahora que distingue un sinfín de tren-citas en su cabeza demasiado rígida, no le importa que al pasar la succión pueda arrastrarla. Poco después, nada. No hay euforia sino una sensación de plena neutralidad. Una potencia neutra que avanza. Siente que podría quedar ciego y saber exactamente por dónde seguir. Todo su cuerpo es como el sonar de un murciélago en la oscuridad. Él *ve* con la velocidad y mientras alcanza ese trance comprende que no se trata de un mecanismo forzado ni de un error en la noción del tiempo. La velocidad es el estado de gracia, otra dimensión de la quietud. Todo moviéndose y él fijo en la velocidad. No necesita pensar qué hacer o cómo actuar, el suelo desaparece bajo la línea de ruedas, ya no hace falta detenerse en ningún pensamiento, no hay espacio para los recuerdos, sólo para atravesar el vertiginoso y a la vez denso atardecer. La fricción le adormece los pies, sin embargo sus reflejos son cada vez más agudos y su percepción más completa, puede sentir el roce del suelo, cada cambio de vibración en la línea de ruedas, por un momento lo mortifica un terrón de arena que se ha metido en un rulemán del patín izquierdo hasta que el calor del aceite termina por disolverlo.

Ver con la velocidad implica localizar bultos más o menos diferenciados, obstáculos a superar, identificarlos por tamaño, distancia y probabilidades de desplazamiento. Penetrar en aquellos espacios libres donde puede aventurarse sin interferir. Allí donde un cuerpo se aparta, apenas la suela de un zapato se despega del suelo él apoya la punta blindada de su patín. Obreros, secretarías, turistas, gente sin rumbo, por alguna razón o sin razón alguna los esquiva hábilmente. Está a centímetros de una etiqueta bordada —*Made in India*—, la planchita tachada con una cruz en el cuello desbocado de una camisa. Apenas necesita trasladar el peso para salirse de su propio curso y dejarse atraer por el reflejo

de una hebilla de metal, un pezón que se marca en la tela elástica, encaja entre aquellas piezas lentas ocupando y desocupando espacios como casilleros en una cuadrícula, piezas previsibles capaces de quedarse inmóviles por atender una llamada en sus teléfonos liliputienses, dar un paso al costado al arrojar el papel de un caramelo o levantar una mano para saludar a alguien. Gente desviándose de un modo imperceptible, gente que se detiene como un muñeco al que se le acaba la cuerda, parecen arrepentirse de alguna cosa, haber recordado algo de pronto. Un error de cálculo podría quebrarles un brazo y a él precipitarlo bajo las mesas de un bar o las llantas de uno de esos colectivos de doble piso que pasean a los turistas. Pero nada de eso puede pasar. El tipo del maletín, por ejemplo, no iba a saludar a nadie, lo sabía; aunque no necesita saber, así funciona. Los chicos, los perros sueltos tienen reacciones difíciles de medir, se mueven en diagonales difusas, en ese caso debe ir frenándose con la guía del patín de costado, rotando la cintura y ladeándose. Y cuanto más cerca de ellos, más lejos de ellos. Cuanto más diferente es, más los percibe. Porque todos se vuelven de alguna manera parte de lo mismo. Indefensos, ya no se inquietan, no intentan apartarse o protegerse. Él, armado de casco, rodilleras, muñequeras y coderas pero tan ligero que ya ni siquiera lo ven. Su presencia desplegada en la tarde no cabe en esa lógica de tiempo aniquilado. Se ve pasar a sí mismo en las vidrieras de los locales y en un largo espejo al fondo de un bar, se ha visto agrandarse en los anteojos oscuros de una mujer que leía al sol y perderse en el espejito retrovisor de una bicicleta. Perderse, sí. Porque de golpe se ha vuelto invisible, como un fantasma. La idea lo divierte. Como la de haberse colado en fotografías ajenas. Tiene la certeza de aparecer como un trazo de niebla, una sombra movida y de haber dejado, poco a poco, parte de sí en aquellos pantallazos. Porque algo de verdad habría en eso de que las fotografías robaban el alma. En un álbum imposible hecho con cada foto tomada en el malecón a lo largo de esa tarde y de tantas otras, en ese friso infinito de imágenes queda la estela de los cursos superpuestos de todo un verano; un rastro que se confunde con las luces de la avenida al otro lado de los puentes donde, igual que en las postales nocturnas, los faros de los autos se prolongan como fibras de neón, fantásticos calamares fosforescentes invadiendo la ciudad.

Ya de nuevo bajo las grúas del malecón norte alcanza a distinguir el tercer balcón empezando de arriba y a Gloria envuelta en una toalla. Se ha dado una ducha y ahora fuma apoyada en la barandita, esperándolo. Aunque a esa distancia no puede estar seguro, tiene la súbita impresión de haberse equivocado porque ya no ve las plantas, como si se hubieran secado de repente. ¿Acaso ella no regaba las plantas cada mañana cuando todavía

en el entresueño él la oía cantar en el balcón? Lo distrae la sirena de una ambulancia alejándose en algún punto de la costanera, el agua refleja las bombitas de colores de la fragata y una pareja pelea en la última mesa del restaurante oriental. Cuando vuelve a enfocar, comprueba que se trata de su balcón sí, pero la silueta de Gloria no es más que una toalla colgada, endurecida, olvidada quién sabe hace cuántos días delante de la ventana oscura. Pensó de nuevo en el doctor Bellagamba. Pensó si esto de ir y venir por el malecón no era otro modo de dar vueltas en círculos, un sustituto del encierro en cierta forma. Da la vuelta, no importa, arranca una vez más. Tercer malecón ya, o quinto. Vira en la primera bajada y se mete por una calle paralela, atraviesa el patio del Museo de Arte donde están inaugurando alguna cosa y salta en medio de la gente, sin querer golpea a un hombre o el canto de una cartera y una copa vuela de la mano de un invitado. El vino se derrama como una breve cascada que no llega a tocarlo. Oye algún insulto y el grito indignado de una mujer. Salta dos escalones abajo, más gritos, clava las ruedas en la franja de pasto, corre con un-dos-tres pasitos rápidos, trastabilla pero logra recuperar el equilibrio y alcanza la vereda lisa. El viento trae el solfeo de una soprano revuelto con la cadencia pringosa de una cumbia en un altavoz perdido. Dobla por el callejón del puerto, sale al depósito de cargas, junto al desguace. Baja por el playón de camiones, el chillido de una radio entre los acoplados terrosos. Durante un tramo siente que otro patinador lo viene siguiendo, sin pasarlo; escucha el rolar constante en el pavimento agrietado. Toma la curva, una piedrita del camino toca la primera rueda y se dispara hacia la oscuridad. Llegando al monumento, elude jirones de basura. Ve que alguien ha arrancado la placa de bronce y hasta desmontado la pierna de uno de los hidalgos al que sólo le queda el hueco negro del muñón. Los torvos conquistadores ya no empuñan espadas o plumas sino botellas de plástico y latas de cerveza abolladas. Intenta escabullirse, rodea el monumento y sale ahora por una cortada aunque se desorienta. Reconoce una de las terrazas del dique central pero como desde un ángulo inverosímil. Toma la avenida desierta a contramano, los semáforos cambian luces para nadie, dobla por una callecita asediada de torres en construcción. Vigas de hierro se pierden en el cielo ya casi oscuro y una ráfaga inesperada de viento de frente intenta detener su carrera. Cuando remonta la siguiente esquina el viento desaparece de pronto, encuentra un pasaje, sale a los jardines traseros del gran hotel, el anuncio iluminado de la amazona a punto de lanzar la flecha, recortada en la noche. Con su ojo de cíclope, la amazona camuflada en la modelo rubia del anuncio lo ha visto pasar y parece apuntar directamente hacia él que ahora se oculta bajo un toldo, detrás de un volquete. Restos de un derrumbe, algún alambre suel-



to, un ardor le tajea el antebrazo. En el embudo del callejón el rolar del perseguidor se oye repentinamente cerca. Salta y gira, espalda contra el viento, un pie delante y otro atrás, en vilo, abriéndose paso con el hombro sesgado, nadie. Vuelve a girar de un salto seco, se desliza por adentro de una especie de túnel o tubería gigante y no sabe cómo está de nuevo en el malecón norte, rumbo a su casa. Sobre el río invisible la línea de veleros encapuchados parece flotar en el vacío, el tañido de las cuerdas contra los mástiles provoca esa melodía desviada y salvaje que lo tranquiliza. Busca a la pareja que antes peleaba en el restaurante oriental pero no los encuentra; muchas mesas han sido levantadas y las sillas plegadas contra la pared. Más allá se agitan los manteles de una fila de mesas solas, un batallón de árabes agazapados. No se siente cansado, pero se cansará. Llegará el momento en que creerá que no puede seguir. Volver no sólo implica disminuir la velocidad sino, de algún modo, volver a ser como ellos, como los pocos que todavía deambulan, sombríos, por la costa, significa detenerse, terminar sentado en un banco con sus pertrechos de plástico como uno de esos caballeros del monumento, caído del pedestal y luego caminar con los pies en la tierra, entrar en esa escala de movimientos prosaicos, recorridos triviales que se vuelven inconmensurables, distancias absurdas entre las cuatro paredes de su departamento, con la sangre bombeando en las sienes como un muerto violento cuyo corazón sigue latiendo y Gloria recibéndolo con la mesa puesta y su sonrisa. Pero no aminora la marcha. El doctor Bellagamba decía que era normal, esto de resistirse. Si llegara a detenerse, piensa, ya no podría recuperar a éste que es ahora. Con tres patadas ladea las ruedas y gira otra vez de espaldas. Puede confiar en esto de avanzar hacia atrás —o de retroceder hacia adelante, eso era algo que habría podido discutir con el doctor Bellagamba— mientras por encima del hombro ve la perspectiva abierta de una calle que no tendría que poder verse desde allí. Se superponen el ojo inexorable de la amazona y una imagen que sin embargo ya ha visto antes, la de una demolición. El primer dique del malecón norte, al pie de la ciudad vieja. El

paseo que desemboca en su calle. La pared lateral de una casa en la otra manzana. Ahora se pone de frente y lo ve, porque donde estaba el tercer balcón empezando de arriba, donde Gloria regaba las plantas y fumaba por las noches esperándolo hay un agujero y él ya lo sabe; toda la cuadra fue demolida. La fachada de su edificio ha desaparecido como bajo la zarpa de un animal monstruoso. Sólo quedan en pie unos tabiques truncos en el perfil desgarrado. Entonces cruza la guía de los patines y clava las ruedas. Sin mirar, gira ciento ochenta grados y pica en sentido contrario, de nuevo, como al principio de la tarde, hacia el sur, la baranda se acerca otra vez a su derecha, un trazo de acero siempre a su derecha, sobre el río, inscribiéndose en la oscuridad como una línea de mercurio en aumento. Tiene todo el malecón por delante, pasa las torres de vidrio ya negras y opacas, las oficinas vacías, las calles ahogadas de viento, las plazas deshabitadas y los puentes que se internan en el anochecer, cruza los jardines del dique central. Ya no hay turistas, ni empleados bebiendo en las terrazas y vuelve a escuchar, pegado a su espalda, el rolar uniforme que lo persigue. Pero no hay otro patinador más que él. No ha habido nadie más que él toda la tarde, todas las tardes, alejándose, persiguiéndose por el malecón repleto o desierto hacia la antena sur que ya ve titilar allá al fondo. A su espalda, la amazona lista para disparar al que se ha quedado solo y huye como un ratón en su ruedita fija. La rubia del anuncio desde su extrema quietud y él escapando, por alguna razón, están ligados ahora. Sus dedos de gigante se deslizan por la flecha llevándola a la posición de lanzamiento, el arco se curva y la gran flecha se retrae hasta el límite. Ya siente vibrar esa trayectoria de dolor, puede anticiparla, medirla, él, como una flecha, reunirse a sí mismo en un solo punto al final del recorrido enhebrando cada milésima de segundo y cada fragmento del espacio. Cordón abajo, senda peatonal borrosa, cordón arriba, no ve al policía con el *handy*, más allá el alambrado vencido, acelera, muerde el último empedrado y sigue, ya no siente la fricción bajo sus pies, cuando pasa la antena sur una cinta blanca y roja se corta y serpentea en el aire, se termina la baranda.